



Juego de contrastes entre el cereal recién nacido y los sembrados de patata en el valle de Cárdenas (Rioja Alta). / Ch. Díez

Paisajes con alma

La actividad agraria, cada vez más respetuosa con el medio ambiente, moldea un espacio rural diverso y con alto valor paisajístico. El campo riojano muestra sus mil caras

Texto: **Ch. Díez.** Servicio de Estadística y Planificación Agraria

La Rioja ocupa una pequeña porción de tierra en el conjunto del Estado: el 1% del territorio nacional. Son medio millón de hectáreas, la mitad directamente gestionada por el sector agrario. Los agricultores se ocupan de sembrar, labrar y plantar unas 160.000 hectáreas con cereal, viñas, frutales, hortalizas, patatas, olivos; los ganaderos de dar alimento a sus ovejas, cabras o vacas en otras 100.000 hectáreas de prados y pastizales. Cómo han procedido unos y otros ha tenido sus consecuencias en el paisaje agrario riojano. Sus pinceladas –un pase de cultivador, un renque atravesando el horizonte, una hilera de rectitud marcial...– han ido creando una suerte de territorio llano y ondulado, verde y ocre, de olores dulces o herbáceos, minimalista y barroco, fragmentado y continuo. Una diversidad que es difícil de creer, si no se ve, en una tierra tan pequeña. Es la huella impresa con miles de pisadas que a lo largo de los siglos han ido configurando este paisaje agrario, rural... un paisaje con alma... un alma cada vez más verde.

Ninguno de los agricultores que conozco, y conozco muchos, se cree un pintor al destripar la tierra en su fabuloso tractor de cabina climatizada, ni cuando echa herbicida al cereal, imprimiendo en su cama verde líneas perfectamente paralelas, ni cuando levanta los caballones idénticos plantando a intervalos regulares las coliflores o las patatas. Es más, se reirán de esta ocurrencia absurda de creer que son paisajistas inconscientes. Ellos no piensan en deleitar a quien contempla sus tierras como un lienzo, pero lo cierto es que sus manos son responsables de esa maravilla que son en pri-

mavera los paisajes cerealistas de los Montes Obarenes o el valle de Cárdenas, salpicados de mostacillas y amapolas; o en otoño los viñedos exhaustos ya, interminables, que manchan de rojos, amarillos, violetas los meandros del Ebro hacia Sierra Cantabria; o en febrero y marzo, los almendros en flor que tiñen de rosa palo las faldas de Peña Isasa hasta el río Cidacos; o al comenzar la primavera, la alfombra que despliegan ciruelos, cerezos y melocotonares sobre los huertos del Iregua; o en invierno, los perales espectrales, recién desnudados, con el suelo verde acogiéndoles a orillas del

Ebro; o de enero a marzo, la retícula de huertas como dibujadas con tiralíneas de la vega baja entre Calahorra y Alfaro; o todo el año, los olivos despeñándose por las laderas en las zonas de transición entre el valle y la sierra; o esas veredas por las que transitan los rebaños atropelladamente; o los prados de Cameros y el Alto Najerilla, intuyendo las vacas, negras, pardas, chocolate, entre la neblina baja de los amaneceres primaverales... Habría mil escenas que describir y alguna se nos pasaría por alto.

El paisaje siempre es el mismo pero siempre es distinto. No es lo mismo un

paisaje con un cielo raso que otro de nubes hechas jirones, ni cuando éstas parecen el dibujo de un niño: nubes barrigudas, blancas, perfectas; ni cuando la niebla se posa baja y la vas viendo deslizarse sigilosa entre los chopos; ni cuando tras la lluvia afloran los colores y olores a tomillos, a ortigas, límpidos, puros; ni cuando la helada deja los campos acartonados y quebradizos y en cada pisada se oye su quejido; ni cuando la nieve cubre de misterio el color de la tierra; ni cuando el viento azota las copas de los árboles y las hierbas en los orillos.

No es lo mismo un paisaje al mediodía que al amanecer o al ocaso. No es lo mismo que sea otoño, invierno, verano o primavera. Las estaciones marcan el ritmo de la vida de las plantas, de los cultivos, y también de los agricultores, que labran, siembran, plantan, echan boticas y abonos, podan, despuntan, cosechan, recogen o vendimian y otras mil labores más cuando hay que hacerlas o el tiempo les deja hacerlas. Dice Delibes en su libro *Viejas historias de Castilla La Vieja* que en su pueblo “los hombres miran al cielo más que a la tierra, porque aunque a esta la mimen, la surquen, la levanten, la peinen, la ariquen y la escarden, en definitiva, lo que haya de venir vendrá del cielo”. En el pueblo de Delibes y en cualquier pueblo de España, los agricultores miran al cielo mucho, las más de las veces cuando arranca el día y en el transcurso de él.



Ovejas chamaritas pastan en terreno de matorral, característico de Sierra Rioja Baja. / Ch. Díez

De ahí llegan las peores noticias. Aunque no siempre. Un buen chaparrón a tiempo para que el trigo espigue, unos días de calor para que la uva coja grado... pero también caen las heladas cuando los almendros están en flor y la piedra cuando la fruta está cuajando...

El hombre y la tierra

Todo esto les pasa a unos 10.000 agricultores y ganaderos riojanos y un buen puñado más de gente que trabaja en el campo a tiempo parcial, los fines de semana y alguna tarde suelta. Y todos los que antes y mucho antes les han precedido. La simbiosis entre hombre y naturaleza, esa relación a veces imperfecta pero nunca distante es lo que da carta de naturaleza a los paisajes rurales, lo que dota de sentido a un territorio que en La Rioja supone la mayor parte de su superficie, el 91%. La mitad de este espacio rural son bosques y terreno forestal y la otra mitad, tierra de cultivo y pastizales para el ganado.

Porque La Rioja es una región eminentemente rural, una comunidad de 174 municipios, muchos pequeños y un puñado de ellos muy muy pequeños, casi reliquias del pasado. Y todos sufren del mismo mal: la media de edad se eleva a medida que pasan los años. El campo es cada día más viejo y más masculino. Una situación que ha aliviado, aunque no remediado, la llegada de población inmigrante. En el estudio *Principales características*

demográficas de La Rioja, elaborado recientemente por el Instituto de Estadística de La Rioja, se indica que 32 pueblos riojanos no tienen habitantes de menos de 16 años y que en 50 hay menos de 100 vecinos. La densidad de población de esta Comunidad Autónoma es de 64 habitantes por kilómetro cuadrado, pero en la sierra solo son diez y en algunos pueblos no supera las dos personas por kilómetro cuadrado. Son pocas manos para gestionar tanta tierra, pero peor sería que no hubiera ninguna. Porque esos diez habitantes tendrán una partida de vacas y algún rebaño de ovejas y estas pastarán en las praderas allegando bien la hierba, mantendrán a raya el matorral, habrá más sonido que el viento, harán senda en los caminos.

Valle-sierra, dos realidades

No es lo mismo tampoco La Rioja del valle que la de la sierra. Territorialmente hablando, ambas dividen a la Comunidad en dos partes casi idénticas, una situada al norte y la otra al sur, pero social y económicamente sus realidades son bien distintas.

En el valle se concentra prácticamente toda la tierra de cultivo, esas 160.000 hectáreas a las que hacemos referencia, casi todo el ganado intensivo –granjas de pollos, cerdos y conejos, vacuno de leche, ovejas y cabras de ordeño y cebaderos de terneros– y una parte importante del ganado lanar extensivo. Con todo ello, una economía



en portada

Los cultivos se suceden en las pequeñas parcelas del valle de Ocón, en Rioja Media./ S. Sarasibar

agraria diversificada y una industria agroalimentaria muy ligada a las producciones. También infraestructuras, servicios y cada vez más población.

Mucha de esa población proviene de la sierra, y después de su despoblación masiva en los años sesenta y setenta, los que llegan de la sierra al valle son los más jóvenes. La montaña envejece y, en consecuencia, se va quedando vacía. Hay menos donde elegir. Vacas y ovejas, y alguna cabra, son la principal fuente de ingresos, en casos concretos engrosados por servicios en torno al turismo rural. Estos animales se alimentan mayoritariamente en régimen extensivo en las 100.000 hectáreas de pastos y pastizales, contribuyendo así al mantenimiento y conservación de una porción importante del territorio.

Pero de esta pincelada con brocha gorda habría que extraer los matices de una región dividida en términos agrarios en seis comarcas: Rioja Alta, Rioja Media y Rioja Baja, en el valle, y sus equivalentes en la sierra; cada una con unas características agrarias y paisajísticas bien diferentes.

En términos generales, la superficie cultivada en La Rioja está ocupada mayoritariamente por cereales y viñedo: al primero se destinan una de cada tres hectáreas; al segundo algo más de una de cada cuatro. Entre los dos cultivos, por tanto, ocupan el 64% de la tierra; se deja en barbecho un 17% de la superficie y el 6% está plantada de almendros. Hortalizas, olivos, frutales, patatas y remolacha, con porcentajes que van del 3 al 1% de la superficie, imprimen al dominio paisajístico cereal-viñedo trazos de diversidad y

también atienden al modelo de economía diversificada de las explotaciones agrarias riojanas. Casi todos los agricultores, aunque tengan ingresos principales de uva, cereal, champiñón o frutales, complementan sus rentas con otros cultivos o con ganadería; tradicionalmente ha sido así y es difícil romper las tradiciones en el campo. Todos los cambios requieren un tiempo y en el sector agrario el tiempo se mide por el paso de las horas más que de los días y los años.

Aunque también es cierto que echar la vista tres décadas atrás permite observar una variación en los cultivos bien significativa. Los datos de superficies en 1980 muestran un campo más verde que ocre: el cereal y los forrajes ocupaban la mitad de la tierra; la viña superaba por poco las 30.000 hectáreas (17%), había el doble de hortalizas, tubérculos y remolacha que ahora mismo, aunque también la mitad de olivos. Los cultivos herbáceos (de ciclo anual) suponían seis de cada diez hectáreas, los leñosos (permanentes) una de cada cuatro. Hoy prácticamente están equiparados e incluso en el año 2009 en el campo riojano los leñosos superaron a los herbáceos, si bien es cierto que fue una situación coyuntural debido a las continuas lluvias que impidieron la siembra de algunos cereales. Otra vez el tiempo.

Que en el campo haya más leñosos que herbáceos no es ni bueno ni malo, pero sí puede hacer suponer que el proceso de transformación paisajístico va a ir más lento en los próximos años. En los leñosos las decisiones que toman los agricultores son a largo plazo.



Olivares en Cabretón, Rioja Baja./ Óscar Solórzano

La razón principal de este cambio de cultivos, y con ellos del paisaje agrario, ha venido de la mano del viñedo: han sido cuestiones económicas claro está, aunque en este caso también administrativas al estar ligada la plantación a la concesión de derechos. La viña se ha incrementado en las tres comarcas del valle, y en los municipios con amplia tradición vitícola su hegemonía se ha hecho evidente. Tal es el caso de Cenícero, Ábalos, San Vicente, Huércanos o San Asensio, donde es viña más del 75% de la tierra cultivada.

El viñedo ha desplazado a otros cultivos menos rentables, como pueden ser las hortícolas en Rioja Baja, el cereal en Rioja Media o la patata y remolacha en Rioja Alta, restando diversidad paisajística, es cierto, pero también dibujando un nuevo territorio y una nueva economía ligada al turismo enológico y de la viña.

Matices del valle

La especialización productiva de las comarcas agrícolas, aunque sigue existiendo, también se ha ido desdibujando con el paso de los años. En Rioja Alta se plantan más hortalizas que en la Baja, aunque con diferentes parámetros productivos. Las pequeñas huertas en las fértiles tierras de la ribera del Ebro, capitaneadas por la franja que va de Calahorra a Alfaro, que hasta hace muy pocos años situaban a La Rioja a la cabeza en producción de coliflor y tenían al espárrago o la alcachofa como productos estrella, se disputan ahora los lindes con la tierra baldía. De esta zona y de las huertas que quedan en los alrededores de Logroño proceden las verduras

de reconocida calidad y prestigio que han abastecido durante el último siglo a la industria conservera riojana. Por el contrario, en Rioja Alta, las hortalizas para la industria (guisante y alubia verde) y los invernaderos de lechuga se han implantado con decisión, fortalecidas por un sistema de cultivo más intensivo y mecanizado.

En esta comarca, entre las llanadas del Ebro y el piedemonte del San Lorenzo, los cultivos se suceden unos a otros con concordia. Viñas, solo viñas, o viñas con remolacha, o remolacha con guisante y en medio las cabezas al sol del girasol, o patata y alubia, o cereal y patata. Pequeños matices en un paisaje de fincas grandes que se pierden en un horizonte ondulado, a veces matizado con árboles solitarios.

En Rioja Baja y Rioja Media las transiciones son más bruscas, las fincas más pequeñas, los contrastes mayores. Son las comarcas donde se concentra la mayor parte de las especies arbóreas: es la tierra de almendros, frutales y olivares. Estos últimos han duplicado su superficie en la última década, aunque las nuevas plantaciones nada tienen que ver con los rancios olivos centenarios, muchos enraizados en linderos, zonas improductivas y laderas. Formaciones en seto, con marcos superintensivos que permiten la recogida mecanizada, han dado a este cultivo una dimensión comercial que antes no tenía, creando a su vez una estructura transformadora y comercializadora cada vez más potente y arropada por la Denominación de Origen Aceite de La Rioja. También una DOP ha permitido a los árboles frutales con más peso en esta Comunidad Autó-



en portada

Pequeñas huertas en la ribera del Ebro en Rioja Baja./ Miguel Ángel Robredo

noma, los perales, convertirse en el cultivo más rentable de la agricultura riojana. Esta bonanza económica se ha ido creando en torno a los municipios de Rincón de Soto, Alfaro, Calahorra y Aldeanueva, y también del valle del Iregua, incorporados recientemente a la Denominación de Origen Peras de Rincón de Soto.

Huertas, cebada, olivos, cereal, almendro, viña, perales, más viña, otra vez cereal... muchas veces en tablas que van escalando la ladera, otras esparcidas en el llano, algunas malabaristas sorteando carrascas y encinas: desde la vega del Ebro hasta el Cidacos o el Alhama, en los valles recogidos de Ocón o del Jubera, en la fértil tierra del Iregua...

Este desplazamiento de cultivos, lento ya decimos, casi siempre responde a razones económicas. La evolución de la ganadería es una buena prueba de ello, aunque en este caso, el trabajo asociado a esta actividad y las condiciones de vida en las comarcas de la sierra riojana, junto a problemas de convivencia con la fauna salvaje, han tenido mucho que ver con un declive muy acusado en los últimos años en la ganadería extensiva.

Las sierras, del verde al gris

Así llegamos a la sierra, o mejor dicho a las sierras, porque, como el valle o más que él, la sierra riojana es paisajísticamente hablando radicalmente opuesta. Se podría decir que si la atravesamos de oeste a este, entrando por la provincia de Burgos y saliendo por Soria, iniciando el camino por tanto en la Sierra de la Demanda y acabando en la Alcarama, la montaña

va perdiendo vigor, el verde arrebatador de los prados verdes, el arbolado verde, la hiedra verde, los musgos verdes se vuelve del gris azulado de los tomillos, del gris verdoso de las estrechas, del gris ceniza de los brezales, del gris pardo de los romeros, gris son también las rocas y hasta la tierra. No por ello menos bello, la belleza es relativa, hay a quien le emociona un haya milenaria y a quien una aulaga florecida. Esa transición de una sierra elevada, más boscosa, más fresca hacia otra más árida y desnuda, de arbusto y matorral, se realiza, uno a uno, atravesando los siete valles que arañan La Rioja de sur a norte.

Hay por tanto en las tres comarcas agrarias de la sierra unas fronteras naturales que se corresponden con las elevaciones montañosas y el nacimiento de los ríos. De la Sierra de la Demanda y la de San Lorenzo arranca el río Oja que dio vida en sus orillas a un puñado de aldeas hoy despobladas hasta llegar a Ezcaray y caer al valle para alimentar patatas, remolachas y al final viñedos antes de desembocar en el Ebro. Atravesar el San Lorenzo es entrar en la comarca de las Trece Villas, en el Alto Najerilla, tierra de pastores trashumantes antes y hoy una zona serrana con una fisonomía bastantes rejuvenecida para lo que acostumbra estas altitudes. Entre la Sierra de San Lorenzo y los Picos de Urbión se abre un espacio extenso y de verdes praderas, que alimentan a vacas y ovejas. Estos dos espacios constituyen la Sierra Rioja Alta, donde pastan casi 5.000 vacas de razas variopintas de aptitud cárnica y unas 20.000 ovejas de pelo largo y ojos negros, las churras,



Rebaño de merinas en los pastos de la sierra de Castejón (Sierra Rioja Alta). / Ch. Díez



Una vaca solitaria en medio de la niebla. Clavijo, Rioja Media. / S. Sarasibar

y también las viejas merinas, cuya lana fue antaño materia prima preciada y hoy despreciada. En la última década se han perdido en este territorio unas 10.000 ovejas. Si bien aquí como en otros lugares las razones afectan al bolsillo –depreciación de los corderos y precios de la comida cada vez más altos–, aquí más que en otros lugares los ganaderos tienen razones de otra índole para deshacerse de su ganado. La presencia de lobos en este territorio no solo ha provocado muertes de ovejas y con ello pérdidas de renta que no compensa la subvención, sobre todo ha alterado y transformado una vida ya de por sí sacrificada, haciéndola insostenible. Si algo tiene de positivo la ganadería en estas tierras es que aunque no valga mucho, gasta poco. Excepto los meses del más crudo invierno y épocas de paridera, el ganado vive al aire libre y come exclusivamente pastos, produciéndose así una relación simbiótica y natural entre el medio y el animal con un beneficio mutuo que solo llegará a valorarse cuando este último desaparezca. La alarma generada por los ataques de los lobos obliga al ganadero a una constante vigilancia de los rebaños, normalmente infructuosa por la dispersión del ganado en un territorio amplio y de difícil acceso. Una situación que en muchos casos está provocando el abandono de la actividad por los ganaderos más mayores y el desánimo de los más jóvenes para tomar el relevo. Es una pérdida irreversible, con unas consecuencias sociales y medioambientales fácilmente calculables a corto y medio plazo.

Este mal, como al resto, aqueja también a otra comarca ganadera, la Sierra Rioja Media. Con la Sierra Cebo-llera en lo más alto, nos encontramos con dos universos bien distintos: el Camero Nuevo, exuberante en vegetación boscosa desde que el Iregua comienza a elevarse hasta que llega a su nacimiento; el Camero Viejo sin embargo mantiene una topografía abrupta en

sus inicios, con el cañón del Leza es-carbando la roca, para abrirse al tomar altura pero seguir siendo árido, y sólo arriba del todo mostrar más diversidad arbórea. Esta es tierra de ganado vacuno, hay más que en el resto de la sierra junta: 6.500 cabezas; pero es la montaña con menos ovejas, unas 9.500 y eso que también esta es tierra de trashumantes y de una rica cultura asociada a la elaboración de queso tradicional riojano. La evolución de censos en la última década muestra que las cabezas de ganado, tanto lanar como bovino, se han ido manteniendo.

A medida que se avanza hacia el este, la montaña se despuebla, de vegetación, de animales y sobre todo de personas: la Sierra Rioja Baja, en la amplia extensión de su territorio que va desde el Camero Viejo hasta Sierra La Hez es una prueba palpable de lo que ocurre cuando falta el hombre, el ganadero, lo único que se puede ser en estas tierras. Ruinas de piedras que en su día fueron casas, escuelas, iglesias, zarzas donde antes hubo calles... y a veces un geranio florecido en una ventana pequeña en medio de una pared encalada y ese brote de vida hace más palpable todavía el abandono, la ausencia del hombre en esta comarca que pasó a llamarse hace años la Alpujarra riojana. En las cumbres altas, atravesadas de pistas forestales que llevan a los florecientes parques eólicos, pastan algunos puñados de vacas.

En la otra vertiente de Sierra La Hez hasta las sierras occidentales que van a caer a los valles del Cidacos y el Alhama, la sierra ya no es montaña, los suelos casi esqueléticos dejan ver sus entrañas y cuando no, alguna carrasca, tomillos, matojos y aulagas. Los ganaderos son pastores de ovejas sobre todo, de ovejas chamaritas casi siempre. Aquí el pastoreo extensivo se hace menos extensivo; los pastores, más pastores. Hay casi 15.000 ovejas censadas en esta tierra, las mismas que hace una década, un millar de vacas,

y también alguna granja de pollos, de cerdos y de conejos. Muchos ganaderos también tienen olivos o almendros o algo de cereal y puede que hasta viña. En esta sierra más árida pasta la única raza de ovino autóctona de La Rioja, la chamarita, hábil para alimentarse en las condiciones más duras, resistente, pequeña de formato, buena reproductora. La estabilización del censo en los últimos años y la reciente creación de una marca de calidad para comercializar el cordero de esta raza hacen suponer que se pueda seguir disfrutando allí de paisajes ideales, bucólicos, con ovejas blancas y negras y pintas de lana rizada y apretada esparcidas en el carasol como veraneantes en la playa, o arreando correosas por las lomas, obedientes a la voz de su amo o temerosas al mordisco del perro. Y en un lado de esa estampa, un pastor con el morral al hombro, la vara en la mano y si hace frío, el tapabocas.

Aunque pueda parecer que no, el hombre, el ganadero, tiene mucho que ver con estos paisajes de sierra más forestales, menos intervenidos por su mano. Es donde la sutileza de su presencia, de su trabajo, menos evidente a corto plazo, resulta imprescindible. Tan imprescindible como la vida. Que en este cuarto de millón de hectáreas que son las sierras riojanas vivan un puñado de ganaderos y unos miles de animales (unas 50.000 ovejas y 14.500 vacas) –harto poco es– permite mantener medioambiental y socialmente un extenso territorio, y también, imprescindible, a través de su memoria, una cultura ancestral y un rico patrimonio. A pesar de este reconocimiento en los ámbitos en los que se toman las decisiones, la realidad viene a decir que las políticas desarrolladas en las zonas de montaña no han conseguido frenar el retroceso poblacional y con ello la caída de censos ganaderos. Se dan paradojas tales como que en otras zonas de montaña donde el ovino ha desaparecido se recurra al empleo de rebaños



Viñedo, olivos y almendros en flor en el valle del Jubera (Rioja Media). / Ch. Díez

para la limpieza de cortafuegos en la lucha contra los incendios forestales.

El modelo ganadero que se desarrolla mayoritariamente en el valle es bien distinto, las granjas –de pollos, de porcino, de conejos; de vacuno, ovino o caprino de leche, los cebaderos de terneros–, son explotaciones sin vinculación con el territorio casi siempre. Si bien su importancia económica es más sobresaliente que la que aporta el ganado extensivo, la ganadería intensiva no aporta valor al paisaje agrario más allá de la fijación de población en los núcleos rurales, que tampoco es poco.

Sí lo hace sin embargo el ovino de carne que pasta en el valle riojano. Es más, hay más ovejas en el valle que en la sierra, aunque también se han perdido más cabezas, en torno a 60.000 desde principios de siglo, la mitad del censo aproximadamente. Lo que viene a decir que aquí ha pesado más el alza de los precios de los piensos en los últimos años que, sin compensación en el valor de los corderos, ha provocado el abandono de la actividad por parte de muchos pastores.

Lo desmenuzado hasta ahora tiene unas cifras generales que indican que vacas hay más o menos las mismas que hace una década, pero se ha reducido el número de plazas de engorde debido a que muchos cebaceros ubicados

en las periferias de Logroño han cerrado con el crecimiento urbanístico y la asfixia económica por la subida de los precios del pienso; el porcino ha sufrido algunos vaivenes pero sigue manteniendo el censo y también las aves, son estas principalmente granjas integradas en empresas nacionales cuyas variaciones responden a coyunturas de mercado más que sociales; los conejos van en claro retroceso; el caprino se ha reducido a la mitad; y el ovino, el ovino ha perdido más de 100.000 cabezas en lo que llevamos de siglo.

Las razones del cambio

Si como decíamos antes la variación de cultivos y ganados, y con ello del paisaje, responde, aunque no siempre, a cuestiones monetarias conviene analizar en qué términos la actividad agraria está contribuyendo al sostenimiento económico de la región. La Rioja, aunque no es ajena a la pérdida del peso de la agricultura en el conjunto del Estado, tiene un sector primario que por sí solo representa el 6% del Valor Añadido Bruto regional, algo más de tres puntos por encima de la media nacional. Quiere esto decir que el valor de los productos agrícolas y ganaderos es de 363 millones de euros anuales (2008) y que ha llegado a ser de 550 millones cuando la uva y el vino se vendían



Ondulaciones del paisaje en Berceo (Rioja Alta)./S. Sarasibar

más caros y otras producciones eran más rentables. Pero este dinero que repercute directamente en agricultores y ganaderos a través de la venta de sus producciones, y que constituye su renta agraria, propicia riqueza a otros sectores como el industrial –bodegas, conserveras, transformados cárnicos...–, que a su vez necesitan de otras auxiliares para su subsistencia. También el turismo, gastronómico, del vino y rural, se ve arropado por unos productos alimentarios de calidad y un medio rural que conserva su patrimonio y cuida su entorno. Está por tanto el sector agrario en el engranaje de una economía regional que trasciende su propia actividad sin ser conscientes de ello los que consideran poco relevante conservar y preservar, aunque tenga que ser a base de subvenciones, una agricultura y una ganadería rentables. Pueden ser los mismos incluso que disfruten con un buen crianza en una cena con amigos o los que se chupen los dedos después de una menestra de verduras en cualquier restaurante de la ciudad. Para que ese vino sea bueno y esa menestra excelente, la tierra ha tenido que ensuciar las manos del viticultor y del hortelano, aunque sea metafóricamente hablando.

Además de la rentabilidad, otras cuestiones también son determinantes en la modulación del paisaje agrario riojano. Ya aludíamos a la estricta regulación del viñedo, que restringe su cultivo a determinadas zonas, las con-

sideradas más aptas por el Consejo Regulador de la Denominación de Origen Rioja, y a determinadas hectáreas, vinculadas a derechos de plantación, con el fin de regular las producciones y con ello, el mercado. Ya en el siglo XVII en determinados pagos sólo se permitía plantar viña.

Las actuaciones de las Administraciones también han propiciado cambios muy estrechamente ligados a las estructuras territoriales. Es el caso de las concentraciones parcelarias, que si bien pueden conllevar una pérdida de diversidad paisajística, cada vez se está cuidando más la conservación de ribazos, setos y arbolado aislado que mantiene la texturización del campo. Y en todo caso, son medidas que permiten redimensionar las fincas, indispensables para llevar a cabo una agricultura moderna y mecanizada. También la política agraria europea ha tomado en los últimos años una vertiente más proteccionista del paisaje tradicional. Ahora se prima el mantenimiento de terrazas y muros de piedra y se vincula el cobro de ayudas a prácticas más conservacionistas con el suelo y con los hábitats naturales. La nueva reforma de la Política Agrícola Común (PAC) que ahora mismo se prepara en la Unión Europea responde más todavía a este esquema.

A esta conjugación de razones externas al sector para determinar qué, cómo y dónde se cultiva también hay que añadir la cuestión social que está

en las entrañas de la propia actividad agraria y que añadiría a esta lista de interrogantes otra fundamental, quién, quién cultiva el campo. La respuesta es clara: cada vez menos agricultores. Ha desaparecido el 40% de las explotaciones agrarias desde finales de los años ochenta, y todavía las que quedan siguen siendo pequeñas –19,13 ha de superficie agraria útil– comparadas con la media nacional (22 ha). Y es difícil que crezcan mucho más: la fuerte vinculación *emocional* que en esta región hay a la tierra y que propicia una abundante agricultura a tiempo parcial impide, en muchas ocasiones, que la profesional adquiera las dimensiones adecuadas. El paisaje humano es cada vez más exiguo, y también más viejo: más de la mitad de los 10.000 agricultores riojanos están por encima de los 60 años y los considerados jóvenes agricultores (menores de 40 años) suponen sólo el 7,5% de los titulares, según la Encuesta sobre las estructuras de las explotaciones agrarias de 2007 del INE. El relevo generacional se produce con dificultad en este sector. 361 jóvenes han solicitado en la última década ayudas para incorporarse a la actividad agraria, aunque desde el año 2008, cuando comenzó a sentirse la crisis, se ha notado un incremento sustancial de solicitudes. A pesar de estas cifras, hay un dato relevante que hace pensar que los profesionales de la agricultura están gastando dinero en mejorar sus explotaciones. Entre 2001

y 2010 se han solicitado en la Consejería 2.714 planes de mejora con inversiones que rondan los 100 millones de euros, en torno al 40% subvencionadas por la Administración.

El patrimonio campesino

La agricultura es fundamentalmente una actividad para producir alimentos imprescindibles para el bienestar de la sociedad. Dice la FAO en el informe *El medio ambiente y la agricultura*: “No es la biodiversidad silvestre lo que alimenta a la población humana sino el complejo de especies agrícolas y la rica gama de diversidad genética dentro de los distintos cultivos y especies de animales domésticos”. Pero esta función de la agricultura, primera y principal, la productiva, viene acompañada del desempeño de otros papeles que cada vez están cobrando mayor relevancia en las políticas agrarias. Nos referimos a su función social como fijadora de población y de vertebración del territorio comentada anteriormente, pero también a los valores patrimonial y ambiental que indiscutiblemente revalorizan todavía más el paisaje agrario.

De la cultura campesina han surgido numerosos elementos, materiales e inmateriales, que constituyen un rico y diverso patrimonio asociado a los quehaceres domésticos, el trabajo en el campo o con los animales, las relaciones sociales... En la tierra quedan todavía –cada vez menos– casetas de adobe, coseras, mojones, eras empedradas, guardaviñas, muretes de piedra, apriscos...; en las casas, lumbros, alorines, cuadras, lagares...; en la memoria, costumbres y palabras. También son patrimonio los lugares y sus nombres, un imaginativo vocabulario de topónimos que describen los términos con la precisión de un lexicógrafo. Si aquí se dice La Mata, La Peñuela, La Celadilla, El Plano, La Lomba, se sabrá cómo son esas tierras sin haber puesto un pie en ellas. Todo ello es



Basilica de Santiago Apóstol en el Monte Laturce (Rioja Media)./S. Sarasibar

patrimonio, aunque poco se haga para preservarlos.

Sobre el patrimonio paisajístico, están los bosques con su fauna y flora silvestres regulados con diversas categorías que los protegen, ordenan, gestionan...; sin embargo, el paisaje agrario, salvo casos excepcionales y singulares, no acaba de tener un decidido reconocimiento institucional, a pesar de su importante papel en la ordenación del territorio.

Algunos pasos se han comenzado a dar, no obstante, que hacen suponer que en el futuro se les preste mayor atención y reconomiento. La UNESCO, por ejemplo, incluyó entre los espacios susceptibles de ser considerados patrimonio mundial a los paisajes culturales y dice de ellos que “son lugares

que combinan el trabajo de la naturaleza y el ser humano, y que son ilustrativos de la evolución de la sociedad humana y del uso del espacio a lo largo del tiempo, bajo la influencia de limitaciones físicas y/o oportunidades presentadas por el medio natural y de sucesivas fuerzas sociales, económicas y culturales”. Una definición asimilable a la de la agricultura. De hecho, algunos paisajes agrarios –valle del Loira y los viñedos de Saint Emilion en Francia, las terrazas de arroz en Filipinas o la región del Alto Duero en Portugal...– tienen ya esta distinción.

En La Rioja, la última Ley de Patrimonio (2004) también se hizo eco de esta categoría de la UNESCO, incluyendo los paisajes culturales entre las figuras a proteger, con una mención

explícita a los Paisajes del Viñedo, a los que otorga “una especial consideración”. Abre la puerta por tanto a una protección específica que de momento no se ha concretado.

Cada vez más verde

La actividad agraria y el medio ambiente, aunque administrativamente distantes y hasta contrapuestas en muchos casos, están intrínsecamente unidas en cuanto función y significado. Los cultivos agrícolas y las especies ganaderas necesitan para su desarrollo de un medio físico aprovechando los recursos que éste le ofrece: suelo, agua y el clima fundamentalmente. A su vez, la diversidad genética de la flora cultivada y las especies ganaderas, junto con su labor que estas realizan de mantenimiento del medio, aportan riqueza y equilibrio en el medio ambiente.

La agricultura está contribuyendo desde distintas perspectivas a la conservación del medio: fomento de la biodiversidad, protección del suelo, creación de paisajes, fuente de energías alternativas con los cultivos energéticos y la biomasa, y como captadora permanente de CO₂ contribuyendo así a paliar los efectos del cambio climático.

Ya no sólo se producen alimentos, se producen alimentos seguros para el consumidor, con garantías de calidad asociadas a técnicas respetuosas con el medio ambiente o a figuras de protección que aseguran la trazabilidad de los alimentos. Se gastan menos carburantes, menos productos fitosanitarios y se realiza una fertilización más racional y adecuada a las necesidades de los cultivos. En definitiva, la agricultura actual, profesional, productiva y moderna, está asumiendo el papel de preservadora del medio.

No siempre ha sido así. Para llegar a ello, primero hubo que cambiar la agricultura tradicional y de subsistencia por una productivista, mecanizada y muy dependiente de abonos y fertilizantes. Una intensificación de la tierra propiciada a partir de los años sesenta por las políticas de desarrollo económico cuya

Cubierta vegetal en una viña al lado de Briones (Rioja Alta). / Ch. Díez



Otoñal paisaje de viña, olivo y almendro típico de Rioja Baja. / Miguel Ángel Robredo

principal meta era producir cada vez más, aun a costa de machacar la tierra y contaminar acuíferos.

Aunque aquellos males siguen pa-ciéndose en cierta medida, la agricultura actual está virando hacia prácticas más sostenibles medioambientalmente que también contribuyen a la creación de paisajes más verdes (cubiertas vegetales por ejemplo), con más memoria (conservación de bancales o elementos singulares), más limpios (reciclado y reutilización de residuos)...

En un informe elaborado por el Servicio de Estadística y Planificación Agraria de la Consejería de Agricultura, publicado extensamente en estas páginas (nº 45, septiembre 2010) se indicaba el balance positivo que tiene la agricultura en la captación de CO₂, en concreto 8,3 toneladas de media por hectárea y año. La actividad agraria conlleva una serie de labores, usos de maquinaria, aplicación de fertilizantes y fitosanitarios, gasto de combustibles... que implican unas emisiones a la atmósfera de gases de efecto invernadero. Son responsables del 7% de las emisiones totales que se generan en La Rioja. Pero los cultivos, como plantas y árboles que son, cap-

tan dióxido de carbono tanto en su desarrollo como en la fijación de éste en el suelo. Sin extendernos en datos exhaustivos que se pueden consultar en el mencionado estudio, las 160.000 hectáreas cultivadas en La Rioja permiten absorber aproximadamente un 30% de las emisiones de CO₂ generadas en la región.

Este estudio se ha realizado en base a las labores tradicionales que se realizan en el campo, pero la tendencia actual hacia prácticas, como comentábamos, que implican una utilización más racional de insumos y un mejor aprovechamiento de los recursos naturales permitirían obtener unos datos todavía más positivos sobre los efectos de la actividad agraria en la lucha contra el cambio climático.

Las principales actuaciones en este sentido vienen de la mano de los cereales y el viñedo, es decir, se están llevando a cabo en la principal porción de tierra cultivada. En el caso del cereal, se calcula que la mitad de la tierra se siembra ya siguiendo técnicas de mínimo laboreo o de siembra directa, lo que se traduce en una reducción del uso de maquinaria agrícola con el consiguiente ahorro en combustible y una

menor alteración del suelo, contribuyendo a una disminución de emisiones de CO₂.

En la viña y en la mayor parte de los frutales de hueso y pepita, la implantación entre calles de cubiertas vegetales, bien sea espontánea o sembrada, está propiciando también un menor empleo de maquinaria, con lo que ello implica de ahorro energético y menos emisiones, y una mayor fijación de dióxido de carbono a través del suelo cubierto.

En el empleo de fitosanitarios, según la información facilitada por la Sección de Protección de Cultivos, en los últimos años se está llevando a cabo una política restrictiva en el uso de estos productos en aras de proteger la salud humana y animal y el medio ambiente, lo que se ha traducido en la prohibición desde 1993 del 75% de las 973 materias activas estudiadas, fundamentalmente de insecticidas, acaricidas y nematocidas. En junio, con la publicación de una nueva Directiva europea, se establecerán nuevos criterios de corte o exclusión de algunas materias activas autorizadas actualmente. Estos cambios acarrearán en general una menor cantidad de compuestos aplicados por superficie, la



en portada

A vista de pájaro, el paisaje riojano ofrece una diversidad sorprendente. Estas imágenes fueron tomadas el mismo día, a mediados de agosto, en diferentes zonas de La Rioja. / Ch. Díez

utilización de productos menos tóxicos y muy específicos para cada parásito y más respetuosos así con la fauna auxiliar; pero también están ocasionando un problema a los agricultores que encuentran dificultades para defender sus cosechas, puesto que algunos productos prohibidos no tienen sustituto en el mercado.

La tendencia a reducir el uso de productos fitosanitarios en el campo conlleva una alternativa que cada vez está tomando mayor relevancia: la lucha biológica mediante confusión sexual, cuyo éxito se ha demostrado ampliamente en viña (hoy está implantada en 6.000 hectáreas) y se está probando contra la carpocapsa en perales en Rincón de Soto con resultados muy positivos.

En el campo de la fertilización también se está tendiendo a un uso más racional de abonos nitrogenados, principal responsable de la contaminación difusa de las aguas, y al empleo de enmiendas orgánicas, como estiércoles, y, en menor medida, al aprovechamiento de residuos de otros cultivos como el champiñón.

Un estudio realizado por la Sección de Recursos Naturales del CIDA pone de manifiesto que sólo en las zonas vulnerables o en riesgo de estarlo (4.5719 ha, casi el 30% de las tierras de cultivo en 2007), donde la fertilización por nitrógeno está controlada desde el año 2001, se ha ahorrado, entre los años 1991 y 2007, 2.269,7 toneladas de N, lo que supone una disminución de más del 30% respecto a

en portada

1991. Si estas cifras las extrapolamos a toda la superficie agrícola podemos hacernos una idea de la repercusión que tiene este cambio en la agricultura, motivada fundamentalmente por un ahorro de costes en un contexto en el que el agricultor ve su capital menguado año tras año.

En el marco de una agricultura en la que el empleo de agroquímicos se realiza de una forma controlada y justificada y se lleva a cabo una lucha integrada contra plagas y enfermedades está tomando especial relevancia la producción integrada, un sistema a medio camino entre el cultivo ecológico y el convencional que garantiza la trazabilidad de los productos desde antes de la siembra hasta que llegan al consumidor. Si bien en el conjunto del agro riojano, la producción integrada no es muy significativa, puesto que se practica en el 2% de la tierra de cultivo, sí tiene especial relevancia en cultivos como la remolacha azucarera, con un 87% de la superficie cultivada en producción integrada; la patata, casi la mitad de la superficie; o los perales, con más de una cuarta parte de la superficie total. Además del ahorro que supone en fitosanitarios y abonos, la producción integrada conlleva unas ayudas que van de los 200 a 300 euros/ha según los cultivos, aportando un complemento a las rentas que en algunos casos puede situarlas dentro del umbral de rentabilidad.

En el extremo de una agricultura de máximo respeto al medio ambiente,

basada en métodos de cultivos biológicos y mecánicos y que no emplea productos químicos de síntesis, está la producción ecológica, a la que se destina en La Rioja algo más de 2.500 hectáreas de cultivo (más otras 6.000 en bosques y recolección silvestre), un 1,6% de la superficie agrícola. Son sistemas de producción con un importante potencial de crecimiento en un contexto en el que los consumidores demandan alimentos saludables y de máxima calidad.

Epílogo

En este recorrido por el campo riojano, que ha ido un poco más allá de la propia contemplación de su paisaje porque para contemplar y no sólo ver hay que conocer algo de sus razones y contexto, se ha intentado mostrar el poliedro que es la actividad agraria. Un polígono de múltiples caras cuya principal es la producción de alimentos, desarrollando así una función esencial a la sociedad sin la cual no se puede vivir, pero de la cual, paradójicamente, sus propios actores, los agricultores y ganaderos, a duras penas pueden sobrevivir. La falta de rentabilidad del campo es hoy el principal freno de desarrollo de las múltiples facetas asociadas a la actividad agraria: ambientales, territoriales, patrimoniales, paisajísticas, productivas... Y no se puede olvidar que en las manos de estos artesanos del paisaje se encuentra el 40% de la superficie terrestre, a la que no sólo dan forma, también su razón de ser.

Perales y choperas en Alfaro (Rioja Baja). / Ch. Díez

